

pañó la Simple. Esa bodega sólo tenía un tragaluz interior. Era un admirable escondite que podía desafiarse á sabuesos más hábiles que Jarnac y Chaminade. De ella, no saldría Enriqueta sino para ser llevada á Francia por sus perseguidores. Allí permaneció encerrada más de quince días, privada de aire y de luz, bajo la guardia del terrible mudo.

Sin embargo, en su miseria, Enriqueta tuvo una alegría, la de reconocer las bellas cualidades de alma de la pobre inocente que estaba siempre á su lado. Y no pudo permanecer todo ese tiempo con ella sin ponerle en el secreto de su verdadero sexo.

Ante tal revelación, la Simple lloró y torció las manos y juró que haría todo lo posible para defenderla y aumentar el error de sus enemigos acerca de su sexo. La desgraciada tenía que cumplir su palabra. ¡Y hasta había de hacer aún más!

IV

LA SANGRE SICILIANA

Al salir del hotel de Lespare, en donde su visita había terminado del lastimoso modo que sabemos, Gonzalvo de Torino bajó rápidamente la calle de Francs-Bourgeois. Hizo al oficioso Pietri una seña para que le siguiera; mas no pronunció una palabra, y únicamente sus andares febriles indicaban el estado de exasperación á que había llegado.

Muy intranquilo respecto del resultado obtenido, pues la singular actitud de su amo no presagiaba nada bueno, Pietri Pertuso se apresuró á obedecer.

De ese modo, el primero gesticulando como un loco, y el segundo vigilándole como vigilan los guardianes de los manicomios, llegaron ambos á la calle de Venecia, que aun tenía mala fama, y doblaron por la de Quincampoix que, pocos años después, tuvo la gloria efímera y engañosa de dar asilo al financiero escocés Law de Lauriston, patrón de los que hacen bancarrota. El edificio que formaba la esquina de las dos vías que

acabamos de citar, tenía bastante mal aspecto; era realmente lo que parecía ser, y pocos días pasaban sin que tuviese á honra justificar su dudosa reputación, sirviendo de campo cerrado á luchas homicidas. La planta baja de aquella casa que sólo tenía dos pisos, estaba, en efecto, ocupada por salas de juego, adonde la gente podía ir tranquilamente á perder honor y dinero. Era éste el último garito que permanecía estancado en dicha calle, vivo testigo del agio que había sido su orgullo antes de ser su remordimiento.

De los dos pisos que daban á la calle y á un jardín encajonado, el primero servía de domicilio á la dirección del juego y á su personal, y el segundo estaba ocupado por su propietario en persona, propietario que no debía de cuidarse gran cosa de su tranquilidad; puesto que la casa de Trompette — así la llamaban, por el nombre de su fundador — no era, por lo general, muy silenciosa.

El nuevo dueño de la casa de Trompette era el duque de Torino, que, en cuanto llegó á París, la compró á los herederos de su predecesor, á quien disgustos de jugador llevaron al otro mundo antes de tiempo. Esa casa fué descubierta por Pietri y adoptada por su amo no sin atinadas razones, ya que éste tenía que hallarse, como la araña en su tela, entre el Louvre y el hotel de Lespare, es decir, entre los honores soñados y la venganza certeramente combinada. Además, gracias al dudoso tráfico del juego, á cuyo frente había puesto á un hombre de paja, tenía muchas probabilidades de ver fructificar rápidamente y al infinito el oro por él recogido en su oficio de espía.

Pero la causa principal que le indujo á escoger aquella casa en vez de un hotel más digno de un aristócrata que iba á tener entrada en la corte y que, por esto mismo, habría de ocupar elevada condición, es que no había podido hallar en la gran ciudad nada mejor para guardar y esconder á su prisionero, á quien tuvo la audacia de traer consigo á París.

En efecto, todas las ventanas de la casa de Trompette estaban provistas de rejas incrustadas en las paredes — precaución tomada por el propietario difunto contra los ladrones. — En segundó lugar, el constante barullo producido en la planta baja le quitaba toda sombra de temor para el caso en que, de sus habitaciones, salieran gritos ó quejidos. Esa morada ruidosa valía tanto como el más sordo calabozo, y allí el alférez Enrique estaría más enclaustrado que en el molino de Pequigny.

Todavía silencioso, Gonzalvo subió los escalones que conducían á su piso, y se encerró en su cuarto, ordenando que le dejaran solo. Necesitaba la soledad para reponerse. ¡Sé ahogaba! Durante una hora, paseóse á largos pasos por el salón, con las manos en la espalda, la cabeza inclinada contra el pecho, tratando de recordar los menores detalles de la escena en que acababa de tomar parte. ¡Oh! ¡cuán bella era la condesa!.. ¡Qué soberbia estaba en su cólera!.. ¡Magnífica en su desdén!.. Y, sobre todo, deseable... ¡ah, sí! ¡sumamente deseable en su desesperación! Mas él no había podido aprovecharse de aquel desmayo que se la entregaba sin defensa... Había titubeado... ¡qué

necio !.. Había sido blando, no atreviéndose á forzar la situación... ¡qué torpe !.. Y he aquí que, en el momento preciso en que se decidía, surgió aquel enano horroroso... ¿Por dónde había entrado éste, ya que todas las puertas tenían echado el pestillo por dentro? ¿Y quién podría ser tan grotesco personaje que había escogido el momento psicológico para surgir entre él y la condesa ?

Al fin, no hallando solución plausible á tal problema, Gonzalvo llamó á Napol, su ayuda de cámara, y le encargó suplicase á su confidente que viniera á verle. Momentos después, entraba Pietri Pertuso en el cuarto de su amo. También él había hecho durante ese tiempo reflexiones extrañas, basadas en la actitud de su amo, cuya aventura ignoraba.

— ¿Me ha mandado usted llamar, *signor* ? preguntó.

— Sí, amigo mío, dijo el duque incrustándose entre los brazos de una butaca para disimular su excesiva nervosidad. ¿Sabes lo que acaba de ocurrirme en el hotel de Lespare ?

— Presumo que nada bueno.

— ¡Tú lo has dicho!... He sido expulsado con una impertinencia que hubiera ofendido á un lacayo...

— ¿Expulsado?... ¿usted ?...

— Y por un personaje que, no obstante, nada tiene de terrible.

— ¿Quién ?

— Un contrahecho... por cima de cuya cabeza podría mirar sin empinarse, un niño de doce años... Con su espalda encorvada, sus ojos redondos, las piernas

torcidas y brazos enormes, me ha producido el efecto de una araña inmundada y gigantesca.

— Pero ¿á qué santo estaba en casa de la condesa ese fenómeno ?

Con una seña dió á entender Gonzalvo que lo ignoraba, y continuó :

— ¿Cómo ha entrado allí, querrás decir, estando todas las puertas cerradas?... ¡Eso es lo que no puedo explicarme y lo que me confunde!... ¡Oh! si yo hubiera sido más dueño de mi sorpresa y de mi razón, hubiese destrozado á tan repugnante fenómeno que se erigía en protector de la dueña de la casa.

Reinó un instante de silencio durante el cual no se oía más que un ruido de voces, monótono y confuso, que subía de la planta baja de la casa de Trompette, en donde había gran número de jugadores dejándose desplumar.

Pietri, al mismo tiempo confidente y sirviente indispensable del duque, meditaba. Sospechaba un secreto, algo como una intriga, que no tenía sino muy vaga relación con el objeto de odio que les hacía obrar en común.

— Pero, en fin, se decidió á preguntar, ¿por qué motivo le ha despachado ese desconocido, de una casa que no es la suya ?

— ¡Ah! exclamó Gonzalvo, levantándose para volver á emprender su marcha agitada; porque, loco, ebrio de amor, iba yo á satisfacer un capricho algo imprudente... ¿Ignoras, Pietri, la lava en fusión que corre por mis venas cuando lo que hace en mí veces

de corazón empieza á hablar?... Hemos tenido que huir de Italia, después de numerosas aventuras de este género... Venecia se cerró para nosotros á consecuencia del suicidio de la bella Sandrina, y Alemania sólo nos fué hospitalaria muy poco tiempo, por razones análogas... Pues bien, todavía estoy viendo á la condesa Constancia, bella y pálida, inanimada en la alfombra en que mi revelación la ha arrojado brutalmente como una flor destrozada... Y como el ardiente deseo que se ha apoderado de todo mi ser no me dejó disponer de mi voluntad... iba yo...

— ¡Otra vez!... interrumpió Pertuso, golpeando irrespetuosamente el suelo con el pie. Como en Florencia, como en Módena, como en Venecia, en Francfort, en Munich... va usted á conseguir que nos persiga la policía y que tengamos que abandonar este país... ¡Ah!... ¡Signor duque, dispéñeme mi legítima sorpresa, y permítame recordarle que hemos venido á París con un motivo serio!... La respetuosa amistad que le tengo y nuestro común interés me autorizan á hablarle como lo hago. Uno y otro queremos conseguir un fin: ¡usted, los títulos y honores prometidos por el rey; yo, nuestra común venganza!... ¿Va usted á exponer el cumplimiento de nuestros proyectos, de esos proyectos que forman la cláusula secreta y capital de nuestra asociación, dejando á su corazón demasiado inflamable y volátil, abrigar una pasión imposible de satisfacer?..

El duque de Torino escuchó con toda la condescendencia de que era capaz las buenas razones de su

sirviente. Cuando éste hubo acabado, colocóse ante él Gonzalvo, con los brazos cruzados, y le dijo en tono arisco:

— ¡Pasión imposible de satisfacer, dices?.. ¡Nada de eso, Pertuso mío!... ¡Sobrado sabes que cuantas han hecho palpar mi ser, han cedido á mis deseos, de grado ó por fuerza!... ¡Amo á esa mujer más que mi vida, más que todo!.. ¡La amo, la quiero y la tendré, aunque para ello necesite perder la fortuna y los honores entrevistos, aunque tenga que abandonar nuestra venganza!...

Al hablar de ese modo, estaba bello Gonzalvo de Torino, porque todos sus vicios é infamias se fundían en aquel momento en una sola y grandiosa tarea, la misma que debía de cubrir de una aureola la frente del ángel caído: ¡el orgullo!

Á las últimas palabras de su amo, Pietri rugió como un tigre. El duque pensó poder abandonar su odio. El sedoso ruido de unas faldas le perturbaba la cabeza hasta el punto de querer abandonar su venganza: ¡el arca intangible!.. ¡Qué gracia!

— ¡Cuán cándido soy! exclamó con mordaz ironía el consejero. En el hijo de su padre, señor duque, yo creí descubrir un hombre, y eso es lo que me indujo á unir mi suerte á la suya... Verdad es que, á cada paso de nuestra vida vagabunda, ha tratado usted de arrancarme mis ilusiones, por una obstinación perpetua y desconcertante en sus amores, seguidos siempre de abandono... ¡Y todavía me duraban esas ilusiones!... Ahora acaba usted de destruir la última,

haciéndome comprender que desdice su sangre, porque siempre y en todas partes, la sonrisa de una mujer podrá convertirle en débil y sumiso esclavo.

— ¡ Pietri!..

— ¡ Ah! ¡ Permita que acabe! dijo imperturbablemente el consejero, en plena rebelión. Á pesar de su molesta necesidad de amar, á pesar de los considerables males que hemos padecido por ella, quería yo continuar sirviéndole, sin cuidarme de sus proyectos personales. Pero, *signor*, al declararme que sacrificaría usted su venganza, por satisfacer su pasión amorosa, acaba de emitir una pretensión desgraciada... Me veo, pues, en la necesidad de darle este consejo: No olvide nunca que nuestras existencias se deben la una á la otra... de lo contrario...

— ¿ De lo contrario, qué?.. ¡ Miserable!..

Los dos italianos estaban ahora en pie, frente á frente, como dos luchadores prontos á venirse á las manos. Pietri Pertuso desdeñó el responder; pero su mirada feroz no se bajó ante la de su amo, prueba de extraordinaria sobreexcitación en hombre tan miedoso, y con la mano deslizada bajo el jubón, en el lugar en que todo buen peninsular oculta un puñal, hizo una demostración suficiente para el duque. Ahora comprendía éste el significado de la amenaza no acabada.

— ¡ Oh, oh! pensó Gonzalvo sorprendido: ¿ se atreverá á enseñarme los dientes este chacal? Sin duda, no debe de contar con el porvenir que me está reservado y trata de imponerse por intimidación... ¡ estaré en guardia!

Volvió á la butaca y dejóse caer en ella, riendo con silenciosa sonrisa. Luego, comprendiendo que tan desenvuelta actitud habría asombrado á su paisano, creyó que no vendría mal una reprimenda, y dijo con dureza:

— ¡ Maese Pertuso, creo que me falta usted al respeto!... Parece que no se acuerda que está hablando al duque de Torino, su bienhechor, puesto que le he hecho mi consejero privado, cuando sólo era usted un criado.

Tan altiva mercurial produjo efecto muy contrario al que suponía el duque. El otro replicó:

— En Italia, no era yo más que lo que usted dice. Después, si no he ascendido en jerarquía, usted ha descendido mucho, usted, duque.... Aquí, soy su cómplice, por lo cual estamos al mismo nivel, salvo por las apariencias.

Gonzalvo dejó ver un mohín de impaciencia. Esa conversación tomaba un giro inesperado que, fatalmente, tendría que acabar de manera desagradable. Convenía, pues, romperla. Recobrando su tono habitual y cruzando la pierna derecha sobre la izquierda, repuso el duque:

— ¡ Basta de cumplidos entre nosotros! Eso es demasiado mezquino... Tratemos, más bien, de lo que debemos hacer para nuestro común interés... Si no me engañan mis recuerdos, debes de conservar entre tus papeles cierto cuaderno en que tu padre anotaba sus cuentas y, á veces, también sus impresiones...

Ahí debe de haber algunos detalles acerca de las personas que intervinieron en su vida.

— Puede ser, *signor*. Ese registro está en el fondo de mi equipaje... Voy á buscarlo...

Una vez que quedó solo, Gonzalvo empezó á meditar. Había buscado un compañero singular: servil y cobarde para todo, excepto para su odio inveterado, que le comunicaba feroz energía... El padre del duque y el de Pertuso debieron de llevar una vida muy agitada, á poco que se pareciese á la de sus descendientes. El amor filial no le preocupaba gran cosa, como tampoco había preocupado el amor paternal al duque de Toranzani, que jamás se preguntó si existía algún heredero de su sangre. Aquella naturaleza ambiciosa no tuvo más que un fin: el dinero... Y su hijo, que en vida del padre no había tenido recursos, perdió, por su muerte, hasta la esperanza, su único patrimonio... Él, hijo natural de dos nobles razas, había perdido su vida en encuentros sin mañana, y, finalmente, para vivir, había descendido al oficio de espía de Inglaterra.

Debemos indicar cómo Gonzalvo, llevando el nombre de Torino, era hijo del duque de Toranzani:

Diez y nueve ó veinte años antes, dos viajeros, un señor de condición y su factótum, se presentaron, una noche de invierno, á pedir hospitalidad en el castillo de Torino. Éste, edificado no lejos de Módena, en la carretera de Bardonneche, en pleno sitio alpestre de la campiña saboyana, estaba entonces ocupado por el viejo duque Hugues, séptimo de su nombre, y por su

joven esposa, la bella Guila de Forscali. Los dos viajeros no eran sino el duque de Toranzani, aristócrata degenerado, noble traidor, duque sin ducado y sin fortuna, y su alma condenada el señor Gennaro Pertuso.

El duque Hugues, que ignoraba los rumores poco favorables que circulaban sobre esas gentes, les concedió aquella hospitalidad amplia y sin vigilancia que sólo han igualado después los escoceses. Sin sospecharlo, al admitir á aquellos huéspedes forasteros, al honor de su hogar y de su mesa, el caballero saboyano acababa de matar su tranquilidad y su honra. Mucho faltaba para que el matrimonio de Hugues fuese proporcionado respecto á la edad de los cónyuges; pero Guila, pobre hija de un desterrado político, le tenía un agradecimiento respetuoso por haber asegurado los últimos días de su padre, uniendo su verde vejez á su primavera en flor. Como se había casado demasiado tarde, el duque no era lo bastante loco para esperar un heredero. Por su parte, la bella Guila tenía la vivacidad de su sangre y, para evitar toda tentación, apartaba del castillo á los jóvenes señores de la vecindad y á los sirvientes masculinos no muy maduros, admitiendo únicamente en su intimidad á la preciosa siciliana Linda, paisana suya.

La excesivamente grande confianza de su marido hizo inútiles todas esas precauciones. En efecto, aunque Giam Batista de Toranzani no era lo que se llama un Adonis, como era afortunado, estaba muy acostumbrado á las mujeres, y no pasaba ante sus ojos una

que no quisiera él probar. Por su parte, la bella Guila, entregada á sí misma, no tenía la experiencia necesaria para hacerse sorda á los insípidos romances de amor que no tardó en cantarle su huésped. Entre la paloma sin defensa y el milano tan bien armado, en medio de aquel castillo perdido bajo los ventisqueros y en el cual la vida se desarrollaba con la misma y serena monotonía, el resultado de la lucha no podía ser dudoso. Sin embargo, aunque se efectuó el enlace morganático, no fué á gusto de Guila, que, á última hora, trató de desistir. Para conseguir su objeto, el infame duque tuvo que apelar á la violencia.

Cuando la joven, comprendiendo demasiado tarde su error, quiso llamar á su criada para arrojar de su cuarto á Giam Batista, que se había introducido en él de noche, era ya tarde y, por el horror que le causaba tener que sufrir la presencia de aquel hombre no lejos del cuarto que ocupaba su anciano esposo, cuyo honor había jurado ella conservar intacto, se desmayó. No se apiadó de tanta debilidad el duque de Toranzani, y la bella Guila, cual una muerta, fué inconscientemente culpable. Además, esa aventura fué efectuada por partida doble, por el criado al mismo tiempo que por el amo. Si Guila hubiera conseguido llamar á su sirvienta, el resultado hubiese sido el mismo, porque, á la misma hora, en otra parte del castillo, por medios quizás diferentes, pero á ciencia cierta no menos desleales, Gennaro Pertuso empleaba el mismo procedimiento con la doncella, la hermosa Linda, la siciliana.

Al día siguiente, los dos seductores se despedían del

duque de Torino y corrían tras nuevas aventuras. Fácilmente se adivinará la consecuencia de esa doble infamia: de ella nacieron dos hijos. El nacimiento de Gonzalvo costó la vida á su madre, y el viejo Hugues la siguió al poco tiempo, después de desheredar al bastardo. Linda fué quien se encargó del huérfano. Desaparecida su ama, la joven criada abandonó su existencia laboriosa, para dedicarse á una vida más fácil y menos ordenada. Gonzalvo fué, pues, educado por una mujer de amores ardientes, pero con corazón de mármol, siempre dueña de su voluntad y de sus sentidos, pues si había titubeado algo en dejarse seducir por Gennaro Pertuso, fué más bien por cálculo que por virtud. Tenía que inculcar al joven duque su sed de pasiones sin límites, y á su propio heredero una imaginación calculadora que todo lo preveía.

Gonzalvo no podía perdonar á su madre el haberse muerto por su deshonra. De vivir ella, tal vez él fuera rico, en tanto que su desaparición le entregó á la miseria y la vergüenza. Tan pronto como pudo hacerlo, y basándose en los relatos de Linda, no dejó Gonzalvo de ir á implorar á los herederos de Hugues; mas éstos le hicieron expulsar por sus lacayos, abofeteándole con la palabra bastardo. ¡Pues bien! Ese bastardo es el que había sabido conquistarse el favor del rey de Francia. Soñaba con la fortuna, con el poder, con una vida de lujo, de placer y de amor. La sangre siciliana corría por sus venas como la lava en fusión; hervía en él, y luego le subía al cerebro como un vapor de embriaguez y voluptuosidad.

La misma sangre siciliana hacía también de las suyas en las arterias de Pietri Pertuso, si bien éste se conducía de otro modo: Gonzalvo vivía para amar; Pietri para odiar. Éste aborrecía cuanto había en el mundo, y sobre todo á los á quienes acusaba de haber asesinado á su padre.

V

EN DONDE GONZALVO PREPARA UNA EMBOSCADA

El hijo de la bella Guila de Torino acababa de reunir sus recuerdos y pesares cuando apareció de nuevo Pietri Pertuso. Sus hipócritas facciones tenían su acostumbrada expresión y no conservaban reflejo alguno de los sentimientos fogosos que habían expresado en su reciente discusión con su hermano de leche. Pietri traía un viejo registro apergaminado. Depositólo en la mesa, sentándose á ella y diciendo:

— ¿Permite usted, signor?

— ¿Qué es eso? preguntó Gonzalvo, sin acordarse ya de lo que acababa de pedir á su confidente.

— Mire.

Pietri abrió el cuaderno y empezó á hojearlo.

Las primeras páginas estaban repletas de cifras reunidas en forma de cuentas; luego venían algunas líneas de letra ancha y temblona, que explicaban ciertas aventuras de viaje ó de interés particular, referentes ya á Giam Batista de Toranzan i ya á Gennaro

Pertuso, y á veces á ambos á un tiempo. Después volvían más cuentas, interrumpidas también por la narración de nuevos episodios. Todo esto algo revuelto, pues el narrador sólo había acumulado para sí mismo esos documentos con un fin mnemónico.

— Es el cuaderno de las notas tomadas por mi padre, explicó Pietri. Y he aquí lo que nos interesa, añadió, doblando una hoja. ¿Quiere que le entere?

— ¡Lee! dijo Gonzalvo, adoptando una postura cómoda, para oír bien.

— Escuche, pues, es el estimado factótum de su respetable padre quien habla :

« Después de la muerte del duque Hugues de Torino y de Guila de Forscali, su esposa, habiéndose admitido el desheredar al niño causa de esa doble muerte, entró el marqués de Calonne en posesión de sus bienes. El señor duque de Toranzani, algo pariente del marqués, al enterarse de que, de su pasajero encuentro con la bella Guila, le había nacido un hijo, no podía ver pasar aquella fortuna á otras manos que las suyas. Como padre natural del real derechohabiente, consideraba suya tal herencia. Como Monseñor sabía que los textos de la ley no le eran favorables, quiso tener un arreglo amistoso con aquel pariente lejano que le despojaba. Presentóse, pues, en casa del marqués, cuya residencia era á la sazón Módena, y le expuso sus pretensiones.

« Calonne no quiso oír nada y mandó á su servidumbre despachar al duque ».

— Todo eso lo sé, interrumpió Gonzalvo, ¿No contiene algo más interesante el registro?

— Paciencia, *signor*, déjeme continuar y juzgará. Pietri volvió algunas hojas y prosiguió :

« Una noche, el marqués de Calonne halló la muerte bajo las murallas de Módena, en un encuentro con unos bandoleros enmascarados. Mas, lejos de aprovechar á Giam Batista, esa historia consiguió echarle encima un temible enemigo. Monseñor, cuyo corazón tenía muy laudables y sinceros arrebatos de desinterés... »

— ¡Qué guasa! interrumpió, riendo, Gonzalvo.

— « Había resuelto — continuó Pietri, leyendo — casarse con la hija del marqués y proteger á su viuda. Mas se lo impidió la rapidez de los acontecimientos. La misma noche del asesinato, las dos mujeres fueron raptadas por un aventurero llamado Lespare; que parece ser que fué testigo de la pelea. Monseñor persiguió á este personaje, cuyas intenciones sospechosas é interesadas no dejaban duda alguna. Pero el tal Lespare era un hombre terrible. Habíase constituido, según decía, en vengador del marqués y, al tiempo que huía, sembraba su camino de cadáveres que resultaban ser, como por casualidad, los de los espadachines de Módena. »

Las notas de Gennaro Pertuso terminaban con estas líneas :

« El señor duque empieza á temer que su noble persecución tenga funesto desenlace. Lespare nos

conduce á Módena. Va acompañado por dos maestros de armas, Jarnac y Chaminade, que se han convertido en ejecutores de sus bajas obras. ¡Victoria! El señor duque acaba de unir á él á un tal Tortillard, repugnante ejemplar reducido de la fealdad humana. Este enano está enamorado de Constancia, la hija de Calonne. El Tortillard, cuya imaginación es superiormente inventiva, y yo, conseguiremos desembarazar al duque de ese Lespare, que es su pesadilla... »

— No hay más... dijo Pietri, cerrando el registro. Después, por la charla de Jarnac y Chaminade tras la bebida, supimos que por mano ú orden de ese Lespare murieron el padre de usted y el mío. Toda la imaginación inventiva del contrahecho se estrelló contra la suerte de aquel aventurero que se casó con Constancia y tuvo una hija...

— ¡Una hija! interrumpió Gonzalvo, levantándose. ¡Es verdad!... Ya no me acordaba... Pero, en ese caso, ¿quién puede ser ese alférez Enrique?

— Probablemente un segundo hijo... El hermano menor de la señorita Enriqueta.

— En medio de todo, es posible... ¿Y Tortillard?

— Ese parecía habérselo tragado la tierra hace muchos años, y no acabo de explicarme cómo ha podido llegar tan á tiempo al hotel del conde para buscarle pendencia.

Gonzalvo paseaba por el cuarto y parecía reflexionar.

— Y, sin embargo, es muy sencillo, repuso al cabo de un rato. Una vez casado Lespare, Tortillard, inconsolable, habrá quedado al servicio de Constancia,

sin decir al conde nada de su antigua pasión... Pero, desde el nombramiento del conde en la compañía de mosqueteros negros, y desde su marcha á Flandes, el contrahecho se había convertido en guardián vigilante de la virtud de su ídolo...

— ¡Qué cosas tan raras!

— Ya que era protegido del duque de Toranzani, quizásuviésemos la suerte de que se uniera á mí, y, sin confiarle mis proyectos, podría servirnos.

— ¡Magnífica idea! aprobó, entusiasmado, el confidente. Por él, sabremos probablemente muchos secretos.

El amo volvió á sentarse junto á la mesa.

— Otra cosa, dijo, tratemos un poco de nuestro prisionero. ¿Sigue tan taciturno?... Supongo que continuará ignorando la muerte de su padre, ¿no es así?

Pietri, que se había levantado, respondió:

— Sí, *signor*. ¡Pero qué carácter tan indómito, qué energía tiene ese joven! Á no ser por la presencia de nuestro mudo, cuya brutal insolencia conoce, y por la Simple, á la cual parece tener amistad, creo que difícilmente hubiéramos podido hacer carrera de él. ¡Ah! No sería prudente dejar una espada á su alcance; pues, así armado, el jovenzuelo nos haría pasar un mal rato.

— No tengas cuidado... No se le dejará. Pienso, Pietri, aprovechar su presencia en esta casa, para atraer á la condesa Constancia.

La frente del confidente se oscureció. El duque no

se dió cuenta de ello y continuó, después de agitar una campanilla que estaba sobre la mesa :

— Una vez que éntre aquí, la condesa estará en mi poder. Tendrá que someterse á mis exigencias ó ver, si no, á Enrique apuñalado ante ella.

— ¿Piensa usted eso, *signor*? preguntó Pietri sobresaltado.

— ¿Por qué no?

— ¡Estamos en Francia, en París!

— ¡Toma! En otras partes podrían faltarme algunas probabilidades de éxito; ¡aquí, las tengo todas!... ¿Qué podemos temer, eterno pusilánime?... ¿Gritos?... ¿Una acusación de asesinato?... El barullo que se origina en la sala de juego ahogará los gritos. ¡Si á nosotros mismos nos cuesta trabajo entendernos, y eso que estamos encerrados!... En cuanto á la acusación, parecerá ridícula y sin objeto, así que se sepa que la hace la viuda de un traidor contra el mismo que denunció el proceder de éste y salvó al ejército. Y las bodegas de esta casa servirán de tumba al joven Enrique, que pasa por muerto desde la batalla de Fontenoy... ¡Ah! muchacho, he tomado mis precauciones. Si la condesa tuviese el mal gusto de levantarme testimonio de asesinato, la encerrarían con las locas... ¡Nadie asesina á un muerto!

— ¡Tiene usted genio infernal! exclamó Pietri admirado.

— Es el único recuerdo que quiso cederme el que no me dió su apellido... Se trata, pues, de hacer saber diestramente á la condesa, que su presencia puede salvar á su hijo.

Llegóse á una mesa de escritorio y trazó algunas líneas que dobló y selló. Napol, llamado por un campanillazo, acababa de entrar. Traía candelabros que dejó sobre la mesa, pues empezaba á anochecer. Ese Napol había acompañado á Gonzalvo en calidad de sirviente, á varias poblaciones. Le había sido fiel tanto en la buena fortuna como en la adversa, adivinando en tal amo el favorito de una estrella. Desde su instalación en la casa de Trompette, combinaba sus anti-guas funciones con las de gerente de los juegos, ó *croupier*, como se dice hoy. Generalmente, á aquella hora, estaba en la planta baja con los jugadores; pero, previendo que el amo necesitaría sus servicios, después de su prolongada conferencia con el confidente, había mandado que lo reemplazasen.

— Napol, dijo el duque, jugando con el pliego que tenía entre los dedos: ¿eres muchacho listo y de buen sentido?

— Vuestra Excelencia lo sabrá, pues no puede equivocarse.

— Toma esta carta, dijo Gonzalvo sonriendo á la adulación, y arréglate de modo á entregarla tú mismo á la condesa de Lespare.

— Lo haré, Excelencia.

— Ya conoces la casa; puesto que nos has acompañado esta tarde hasta la puerta, en la calle de Francs-Bourgeois... ¡Ah! ¡me olvidaba!

La pluma corrió por otra hoja, que dobló cuidadosamente, diciendo:

— Al mismo tiempo harás los imposibles por des-

cubrir en el hotel un arrapiezo de piernas torcidas, brazos desmesurados y cabeza de león... ¿Te basta ese retrato?

— No me costará mucho reconocerlo, Excelencia. Le he visto esta tarde por la mirilla de la puerta que da á la calle. Me ha preguntado á quién pertenecía yo, y cuando le he contestado que: « al señor duque de Torino, que está ahora de visita en casa de la condesa », me ha dado con la verja en las narices, para correr bruscamente á la escalinata del hotel.

— ¡Hola! ¡Ahora se explica todo! dijo Gonzalvo, dirigiendo una mirada significativa á Pietri.

Y, en voz más alta, añadió:

— Este segundo pliego es para él... y otra vez, sé menos hablador.

— ¿Está descontento Vuestra Excelencia?.. dijo el lacayo doblando el cuerpo.

— ¡Mala peste!.. Podría estarlo. Ahora se trata de rescatar esa imprudencia y de ser mañoso... ¡Vete!.. No, ¡espera!.. Antes de bajar, da orden de que dejen entrar aquí, sin observación, á la condesa de Lespare, y si el horrible sujeto á quien va dirigida mi segunda carta te da respuesta afirmativa, procura que llegue hasta mí sin que lo vean.

— ¿Es todo, Excelencia?

— Espera... Abajo, recomienda al que te sustituya en la sala, que caliente á los jugadores, y que, si se producen disputas, se haga el sordo... Esta noche no nos molestará el ruido... Ahora vete y sé prudente.

Después de marcharse Napol, Gonzalvo de Torino

hizo conocer á Pietri su intención de interrogar al prisionero, cuyo pensamiento trataban de penetrar.

— Ve á buscarlo, le dijo, y haz que lo acompañe el Tuerto, por si acaso se le ocurriera aquí alguna extravagancia.

Cuando quedó solo, el duque puso los codos en la mesa y apoyó la cabeza en ambas manos. De todas las obras que había emprendido, la que con más amor acariciaba era la conquista de la viuda de Lespare. Indudablemente, esa noble mujer, al enterarse de su carta, no dejaría de acudir á su llamamiento, sin titubear nada. ¿Qué haría él de ella? No lo sabía aún. La ocasión iba á inspirarle; pero á lo que sí estaba muy resuelto, era á abatirle su orgullo así que la tuviera en su poder. Interiormente, considerábase buen príncipe, porque, sin hacerse rogar mucho, tendría la magnanimidad de ceder á sus lágrimas... pero con una condición... Y al pensar que esa condición sería tolerada, si no admitida con alegría, le temblaban los dedos. Después de eso, ¿quién sabe si, una vez comprometida la noble mujer, para salvaguardia de su honor y para el porvenir de su hijo, consentiría en trocar su fortuna y su belleza por el ilusorio ducado de Torino? Sería gran desquite para el hijo haber conseguido sin gran trabajo á aquella tras la cual corrió el padre tanto tiempo. ¡Oh! ¡Demonio!.. ¡Qué golpe maestro para aquel bastardo de una raza vil y degradada, cambiar su piel de Judas por la de un esposo feliz, por la de un caballero rico, un favorito del rey!

En la puerta se oyó un ruido que vino á cortar sus reflexiones color de rosa.

— ¡Adelante! exclamó.

Pietri y el Tuerto penetraron á ambos lados de Enriqueta, que se acercó con la cabeza levantada. El alférez — le conservaremos su carácter masculino, para facilidad del relato, en presencia de los que le hicieron prisionero, y sólo le devolveremos su calidad de doncella en las escenas de intimidad — el alférez llevaba un traje de caballero que había sido substituído á los adornos de mosquetero, mientras dormía, en la cueva del molino de Pequigny. Gonzalvo se había levantado al entrar Enrique. Le saludó y le hizo una seña para que se sentase. Enrique se negó con un ademán altivo — lo que hizo pensar al italiano: « De tal madre, tal hijo » — y se apoyó en el respaldo de la butaca que le estaba destinada, preguntando:

— ¿Qué quiere usted de mí?

Gonzalvo se había sentado.

— Señor de Lespare, dijo, pareciendo buscar las palabras, hasta hoy no me he atrevido á participarle una noticia muy triste. No puedo guardarla secreta más tiempo, pues tiene usted derecho á saberla.

— ¿Alguna nueva mentira?

— ¡Puede usted juzgar!. El capitán Lespare, su padre, fué muerto en el combate que, con usted, sostenía contra los granaderos ingleses, en el desfiladero de Antoin.

Enrique dejó ver un estremecimiento reprimido al instante.

— Que mi noble padre haya muerto, dijo con esfuerzo, mirando en los ojos á su interlocutor, puedo creerlo; pues si viviera, no estaría yo aquí para oírsele decir. Pero, ¿se atreve usted á decir que le han matado los soldados ingleses?

— ¿Cómo puede usted dudar de mi palabra, caballero? Le dirán que hemos realizado prodigios de valor para salvar al capitán. Pietri, cuya fidelidad hace usted mal en no querer reconocer, se ha distinguido personalmente, y hasta arriesgó su vida, y si no hubiera yo conseguido librarle, estaba perdido.

— Lo cual hubiera sido una verdadera lástima, dijo burlonamente el alférez.

Pietri, adivinandó el juego de su amo, creyó deber intervenir.

— Crea, *signor*, que nunca olvidaré lo que ha hecho por su humilde sirviente, dijo, inclinándose ante el duque.

— No me lo tienes que agradecer; pues no he hecho sino cumplir con mi deber, como hubieras hecho tú, de verme á mí en peligro.

El Tuerto, que se había quedado junto á la puerta, no parecía prestar atención á aquel cambio de cumplidos, que para él no tenía sentido alguno. No lo tomó Enrique con la misma indiferencia.

— ¡Ah! exclamó en son de mofa, mirando á Pietri: ¿este valiente servidor á quien yo, no muy sin razón, consideraba como un cobarde de marca, ha consentido en exponer su preciosa existencia para salvar la de mi padre?... ¡Eso me confunde, y me deja pen-

sativo!... Sin embargo, si no se ha trastornado por completo mi memoria, creo recordar que más bien estaban ustedes dos á favor de los adversarios que al nuestro. Pietri, héroe no comprendido y calumniado, alzó los ojos al cielo como para tomarlo por testigo de la pureza de sus intenciones.

— ¡Era una argucia, añadió, para engañar mejor á los que les atacaban!

— ¡Cáspita! Valor y táctica... ¡Vaya un hombre!... ¿Y en qué momento se atrevió usted á poner en peligro una vida de tan inestimable precio? ¿Fué antes ó después de apoderarse de mí?

— Si nos hemos apoderado de usted, señor de Lespare, apresuróse á decir el duque, es para sustraerle á la suerte que le esperaba. Ya que no pudimos salvar al padre, hemos salvado al hijo.

— ¡Basta de burlas! ¡Miserables! exclamó con voz atronadora el alférez, erguido y desafiando á sus verdugos. Son ustedes dos solemnes cobardes y ni siquiera tienen valor para confesar su vergonzosa duplicidad... ¿Tanto miedo les causa un niño, que tienen que acudir á nuevos subterfugios para explicar sus cobardías?... ¿Sin duda es también para ahorrarme imaginarios peligros por lo que me retienen prisionero, sin respetar el derecho de gentes ni las leyes de la guerra?... ¿Y este salvaje cíclope, lo han colocado junto á mí, para preservarme contra algún maleficio? Pues bien, paso por todo eso, para retener sólo una cosa: ¿Ha muerto mi padre herido lealmente de frente? ¡Eso no es cierto!.. ¡Son ustedes muy cobardes!

Gonzalvo se levantó, fuera de sí, gritando:

— ¡Caballero!...

Y, en el paroxismo de la rabia, se atrevió á levantar la mano contra su prisionero. Enrique le cogió la muñeca al vuelo y la retuvo con fuerza entre sus dedos de hierro. Y, con gran repugnancia, dijo:

— ¡Gracias por ese ademán!.. Acaba de poner su firma debajo de sus últimas palabras... ¡Ha confesado usted!.. Y aún hay más: en su colección faltaba una tacha: ¡acaba usted de amenazar á un hombre desarmado!

De pronto, el duque de Torino lanzó una especie de ronquido de dolor: los dedos del joven alférez acababan de incrustarse en la carne violácea de su muñeca, con la fuerza de un torno.

— ¡Eh! ¡Tuerto! gritó Pietri asustado.

Mas no fué necesaria la intervención del terrible mudo. Gonzalvo, suelto, acababa de volver á caer en su asiento, con la frente humedecida por el reciente dolor sufrido. Enrique lo había rechazado, diciendo, con desdén:

— ¡Vuelva á recobrar su mano, señor, pues creo ver en ella sangre, y, tal como lo conozco ahora, sé que esa sangre no puede proceder de un combate honrado, sino de un crimen!

Hubo una breve y penosa pausa, tras la cual el duque consiguió reconquistar su calma y continuó, tranquilamente:

— Creo que podemos jugar con usted á cartas vistas. El capitán Lespare, convicto de traición, ha sido

condenado á hacer frente al pelotón de ejecución... Yo solo podía decir la verdad...

— ¡Pero se habrá usted guardado mucho de hacerlo! tronó Enrique; porque esa verdad hubiera hecho que le pasasen por las armas, en el lugar de mi padre.

— Mi joven amigo, dijo melosamente el italiano: no quiero hacer caso de los insultos que el dolor y la cólera le inducen á proferir algo á la ligera... Ya que le ha caído encima una gran desgracia, quiero, en cuanto esté en mi poder, proporcionarle un momento de dicha... Va á venir su madre...

— ¿Aquí? exclamó Enrique sorprendido. ¿No puede ser! ¿No sería preferible que fuese yo junto á ella?

— ¡Ay! no. Va usted á prometerme, á jurarme por su honor, no revelarle lo que acabo de decirle.

El alférez dejó escapar una carcajada tan rara y estridente, que Gonzalvo se estremeció de espanto.

— ¿Qué es eso? le preguntó Pietri.

— ¡Oh! una cosa muy singular. Creí haber oído la carraca del enano del hotel de Lespare.

— ¡Qué alucinación!

— ¡Muy relajado me creen ustedes, decía en aquel momento Enrique, para atreverse á hacerme su cómplice, y asegurar por eso mismo la impunidad de su crimen!.. ¿Me creen capaz de descender á su nivel?.. ¡No! ¡Ese secreto cuya divulgación les asusta, lo diré á cuantos se acerquen á mí, y lo pregonaré ante cuantos pueda yo ver!.. ¡Ah! ¡qué desgraciados son ustedes!.. ¡Ni siquiera tienen idea del heroísmo á que

puede conducir una voluntad contrariada!.. Sepan, pues, que aunque tenga un puñal suspendido contra mi pecho, mi último grito será para decir á todos:

— ¡Éstos son los enemigos de Francia, los asesinos de mi padre!..

— ¡Demonio!.. gruñó, lívido, Gonzalvo. Este chucuelo incorregible va á hacerme salir de mi carácter... ¡Ya que lo exige, tengo un medio muy fácil de cerrarle la boca!.. Oye, Pietri, baja á la fosa que se ha cavado en la segunda bodega; manda que echen en ella agua y un haz de paja... encima que instalen un colchón para el Tuerto... Ve...

— Espero que la soledad le hará reflexionar, añadió así que hubo desaparecido su confidente, y que la privación de alimento le hará ser menos hablador... ¡Tenlo, Tuerto!..

— ¡Ah! dijo Enrique, sobre quien acababa de poner la mano el Tuerto: ¡ya vendrá mi turno, señor espía!..

— ¿Qué de nuevo ocurre?... preguntó, furioso, el duque á Pietri, que volvía espantado.

— ¡La señora condesa!